

* Verónica Delgado. *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias (1896-1913)*. La Plata: EDULP, 2010, 486 p.

Una vez que observamos la (más o menos abierta, más o menos secreta) inversión de términos que su título parece poner en juego —dado que esta investigación no deja de ser, en ningún caso, un estudio sobre el *nacimiento de las revistas literarias* en la Argentina—, el libro de Verónica Delgado nos advierte sobre el papel exacto que estas publicaciones cumplieron durante el período de modernización literaria, entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. La justeza de su título, con la que pronto nos enfrentamos, radica en que las revistas que aquí se estudian funcionaron, tanto o más que como escenarios de este proceso, como *instrumentos* privilegiados con que los escritores contaron para la obtención del reconocimiento progresivo de las prácticas intelectuales y literarias en el país. De acuerdo con Delgado, *La Biblioteca*, *El Mercurio de América*, *La Montaña*, *Ideas* y *Nosotros*, no solamente coincidieron en demandar la construcción de un campo literario aún inexistente; además se vincularon entre sí a través de un “mecanismo de posta intelectual” que hizo que cada una postulara su ingreso en el espacio público sobre el vacío recientemente abierto por su predecesora. Ahora bien: esta “dinámica de relevos” por la cual se atemperaron las discrepancias ideológicas y estéticas, no aparece sólo como una estrategia que estas revistas pusieron en marcha en virtud de su diferenciación en el contexto de la prensa general. Uno de los grandes méritos de este libro —originado en una tesis de doctorado que su autora realizó en la Universidad Nacional de La Plata— se aprecia en la solidez y el detalle con que, por medio del trabajo hemerográfico, reconstruye los modos de participación en un espacio todavía “precario” y, por lo tanto, poco dispuesto para las intervenciones heroicas y estridentes. Es este clima sostenido a lo largo de los años alrededor de aspiraciones compartidas, diferencias moderadas y “pactos de sociabilidad” el que Delgado reconstruye para iluminar, desde una perspectiva novedosa, el “nacimiento de la literatura argentina”.

Luego de una introducción en la que se desarrollan estas tesis generales, el libro se organiza en tres capítulos, cada uno de los cuales analiza, en orden cronológico, una serie de problemáticas recurrentes con las que se enfrentaron las cinco publicaciones que constituyen su objeto central. Así, las relaciones entre las prácticas letradas y el Estado, el ejercicio de la crítica, el surgimiento de un público, la profesionalización del escritor y el papel de los intelectuales y de la literatura en la definición de una identidad nacional se presentan como núcleos que, con mayor o menor énfasis y con distintas modulaciones, se retoman a lo largo del período.

Aunque tiene su eje en *La Biblioteca* (1896-1898), el primer capítulo es el único que no se concentra con exclusividad en una revista, sino que incorpora otras dos publicaciones: *La Montaña* (1897) y *El Mercurio de América* (1898-1900). Por una parte, la revista dirigida por Paul Groussac es examinada bajo la lente de esa aparente paradoja que afectó a la literatura argentina en el período de entresiglos, referida a la afirmación de su autonomía por medio del afianzamiento de sus vínculos con el Estado. El análisis de los modos en que su director (al mismo tiempo director de la Biblioteca Nacional) imaginó e intentó propiciar esas relaciones, así como su ejercicio tutelar como crítico literario y “organizador cultural”, representan lo más destacado de este tramo. En este punto, Delgado despliega con agudeza la serie de características que dotaron a este “producto anómalo” de rasgos distintivos respecto de su pasado e hicieron que se constituyera así como esa especie de vacío-modelo que aprovecharían las revistas posteriores. Las “prevenciones de la fracción intelectual de la elite (...) en relación con los efectos culturales y sociales del igualitarismo” (Miguel Cané, el propio Groussac) se conectan con la búsqueda de formación de un público culto (diferenciado del público de los diarios) y con la función de “experto literario” reclamadas por su director para la implantación de las reglas del debate estético. Son precisamente estas premisas impulsadas por Groussac, con su voluntad de “ordenamiento del mundo cultural”, las que explican los lazos institucionales que dos revistas por distintas razones tan disímiles (una de ellas identificada con el grupo de escritores modernistas como *El Mercurio de América* y otra de carácter político como *La Montaña*) pudieron establecer con una publicación que, en principio, había sido el órgano de una repartición estatal. La segunda parte del capítulo no deja de estudiarlas en su especificidad para remarcar el modo en que se establecieron respecto de *La Biblioteca* a partir de una “continuidad en la diferencia”.

Por su parte, el segundo capítulo otorga una consistencia historiográfica ya indiscutible a la red de relaciones y problemas compartidos que justifican el corpus. Dirigida por Ricardo Olivera y Manuel Gálvez entre 1903 y 1905, la revista *Ideas* no solamente reunió a muchos de los integrantes del *Mercurio de América*, reconociendo su “magisterio juvenil” pese a las

notables diferencias entre sus programas estéticos. Además exhibió de manera todavía más explícita que sus antecesoras sus propias condiciones de enunciación; y lo hizo procesando cada una de las fórmulas que habían cristalizado en los años anteriores. Es decir, si al llegar a este punto del libro hemos seguido en detalle las transformaciones que llevaron a la emergencia de nuevas subjetividades y las condiciones que posibilitarían la (siempre relativa, condicionada) profesionalización del escritor, en *Ideas* encontramos una condensación de los discursos sobre estas cuestiones que habían sido elaborados con anterioridad. El resultado parece ser una reserva inagotable de lugares comunes de la cual, sin embargo, Delgado extrae los elementos novedosos que se advierten en este momento del campo cultural. Así, la autora observa de qué modo *Ideas* articuló la oposición entre espiritualismo y materialismo con una definición más precisa de las tareas del escritor en vista de un público posible para los productos culturales. A su vez, detalla cómo esa posibilidad se nutrió de la propia experiencia de sus redactores, incorporados ya plenamente en el mercado de las profesiones literarias. Es por esto que, con acierto, la autora enfoca en el discurso desplegado por *Ideas* en relación con la literatura nacional desde la perspectiva de su “vocación de mercado”. Esto le permite revisar tanto los géneros elegidos para las reformulaciones programáticas de Gálvez y compañía (la novela y el teatro) como la postulación de una poética realista que fundamentan, en los límites de la demanda de profesionalización, el encuentro deseado entre el escritor y un público efectivo.

Otra de las preguntas centrales que reaparecen a lo largo de este trabajo se refiere al papel de la crítica. El último capítulo, dedicado a *Nosotros* en el período delimitado por los años 1907 y 1913, pone en el centro de la escena las transformaciones que dotaron de un nuevo modo de autorización a los discursos sobre la literatura. Egresados de la Facultad de Filosofía y Letras, sus directores, Bianchi y Giusti, derivaron de esta inserción institucional la posibilidad de sustituir su carencia de autoridad social (compartida con el núcleo central de sus colaboradores, muchos de ellos hijos de inmigrantes) por “un pleno de autoridad cultural”. Pero no lo hicieron apelando a la confrontación, sino exacerbando el tipo de estrategias de inclusión que este libro ha seguido en todas sus inflexiones. Por una parte, la explícita “vocación de continuidad” característica de *Nosotros* se expresó en el carácter intergeneracional de sus páginas y en los gestos de “horizontalidad” y “camaradería” que en ningún momento dejó de propiciar. Delgado reconstruye tanto el sesgo hospitalario de su crítica como la densa trama de encuentros y celebraciones que sus responsables alentaron con el objetivo de hacer visible la presencia de una comunidad intelectual. Sin embargo, la autora demuestra cómo esta vocación inclusiva abarcó también la controversia. Todavía bajo el signo de la negociación, las intervenciones de *Nosotros* durante los años del Centenario insinúan la apertura de un campo polémico que, referido al presente, se centra en la literatura del pasado argentino. En este sentido, no es casual que el libro se cierre con un episodio originado alrededor de los debates por los significados de la cultura nacional, que tiene como condición imprescindible el ascenso de figuras fuertes como Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. En la encuesta que, en 1913, *Nosotros* organizó sobre “el valor de *Martín Fierro*” se advierte, tanto como el final de una etapa signada por la necesidad de cohesión, uno de los momentos en que de manera más notoria se concreta el empeño de las revistas literarias por dar lugar al “nacimiento de la literatura argentina”.

Este empeño que aquí se reconstruye con rigor es, a pesar del enfoque sobre los lazos de continuidad entre todas estas publicaciones, un camino marcado por desplazamientos y transformaciones fundamentales; desplazamientos y transformaciones que, en su mayor parte, seguirán siendo imperceptibles para quien no haya leído este libro.

Federico Bibbó